

Inquietanse los dependientes de Velazquez.

los dependientes de Diego Velazquez; porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder á la corriente, quando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al Ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oídos, se hacia lugar en las conversaciones, y no faltaba quien la escucháse, y procuráse adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin rezelo de que se lleváse tras sí á los inquietos, ó perturbáse á los fáciles de inquietar. Tenia ya experimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que publicamente fuesen llevados á la armada, y puestos en cadena Diego de Ordañez, Pedro Escudero, y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el ejército esta dem ostracion; y él trataba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion: en cuya severidad, verdadera ó afectada,

Hacense algunas prisiones.

Afecta Hernan Cortés el rigor.

se mantuvo algunos dias sin llegar á lo estrecho de la justicia, porque deseaba mas su emienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicacion; pero despues se la concedió, dando á entender que la toleraba: y se valió mañosamente de esta permission para introducir algunos de sus confidentes que procurasen reducirlos y ponerlos en razon; como lo consiguió con el tiempo, dexandose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

Y ultimamente los reduce á su amistad.

CAPITULO VIII.

MARCHAN LOS ESPAÑOLES, y parte la armada la vuelta de Quiabislán. Entran de paso en Zempoala, donde les hace buena acogida el Cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.

Luego que se executaron estas prisiones salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra, y traer algunas vituallas: porque ya se hacia sentir la falta de los Indios que proveían el ejército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegáse á las armas sin necesidad, en que le pusiesen la defensa ó la provocacion: y tuvo suerte de execu-

Sale Pedro de Alvarado á buscar bastimento.

tarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dexaron libre la entrada, huyendo á los bosques. Reconocieronse las casas que estaban desiertas de gente; pero bien proveídas de maiz, gallinas y otros bastimentos; y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la necesidad, y volvieron al quartel cargados y contentos.

Dispuso luego su marcha Hernan Cortés como lo tenia resuelto, y partieron los baxeles á la ensenada de Quiabislán; y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa, y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña: pre viniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Hallaronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera Cruz; y porque iba profundo, fue necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dexando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los Indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de

Parten los baxeles á Quiabislán. Marcha Cortés por tierra á Zempoala.

Situación de la Vera Cruz.

fuga prevenida y cuidadosa: solo dexaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Aquí fue donde se vieron la primera vez, no sin admiracion, los libros mexicanos, de que dexamos hecha mencion. Habia tres ó quatro en los adoratorios que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volumen: parecidos á los nuestros por la vista exterior, y por el texto escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile.

Alojóse luego el ejército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demás.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado, que declinaba la vuelta del poniente, con algun desvio de la costa: y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado: hasta que entrando en unos

Libros mexicanos.

No se halla persona de quien tomar lengua.

Presente
del Cacique
de Zempoala.

Como dividian
el camino los
Mexicanos.

prados de grande amenidad, se descubrieron doce Indios, que venian en busca de Hernan Cortés con un regalo de gallinas y pan de maiz, que le enviaba el Cacique de Zempoala, pidiendole con encarecimiento que no dexáse de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y sería regalado con mayor liberalidad. Supose de estos Indios que el lugar donde residia su Cacique distaba un sol de aquel parage, que en su lengua era lo mismo que un día de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y medían la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis Indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedandose con los otros seis para que le guiasen, y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que de no esperado parecia poco seguro.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad, cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedage de los Españoles, y al parecer poco zelosos: de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion; y no se engañó la esperanza, aunque suele consolarse con facilidad. A la mañana se movió el ejército con la frente á Zempoala, dexandose llevar de las guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando

Recibimiento
de los
Zempoales.

ya cerca del pueblo, vinieron veinte Indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo: y hechas sus ceremonias, dixerón: „ Que no salia con ellos su Cacique por estar impedido; y así los enviaba para „ que cumpliesen por él con aquella demostracion, „ quedando con mucho deseo de conocer á tan valerosos huespedes, y recibir con su amistad á los que „ ya tenia en su inclinacion.”

Era el lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campaña, baxando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza. Los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos lejos: tanto, que uno de los batidores que iban delante, volvió aceleradamente diciendo á voces, que las paredes eran de plata: de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército; y pudo ser que lo creyesen entonces los que despues se burlaban de su credulidad.

Descripcion
de Zempoala.

Dice un
batidor que
las paredes
eran de plata.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el Cacique á la puerta de su palacio: y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de

Era muy
gordo el
Cacique.

algunos Indios nobles, que, al parecer, le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo una manta de fino algodón, enriquecida con varias joyas y pendientes, de que trahia tambien empedradas las orejas y los labios. Príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fue necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la orden con forzada severidad; pero luego que empezó el Cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demás Capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oído la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirase á descansar del camino, y alojar su gente: que despues le visitaria en su quartel, para que hablasen mas de espacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abundancia de quanto hubieron menester. Envió despues el Cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro, y otras curiosidades que valdrian hasta dosmil pesos: y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas, que trahian sobre sus hombros los mas principales de su familia; y ten-

Reclimian
to de los
Su trage.

Da señas
de su enten-
dimiento.

Alojamien-
to de los Es-
pañoles.

Visita el Ca-
cique a Cor-
tés.

drian entonces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortés á recibirle, asistido de sus Capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su Rey, y los errores de la idolatría, pasó á decirle: „ Que uno de los fines de aquel ejército „ valeroso era deshacer agravios, castigar violencias, „ y ponerse de parte de la justicia y de la razon. „ Tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que trahia, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida: y antes de resolverse á la respuesta, empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad, le dixo: „ Que to- „ dos los Caciques de aquella comarca se hallaban en „ miserable y vergonzosa esclavitud, gimiendo en „ tre las violencias y tiranías de Motezuma, sin fuer- „ zas para volver por sí, ni espíritu para discurrir en „ el remedio: que se hacia servir y adorar de sus va- „ sallos como uno de sus dioses, y queria que se ve- „ nerasen sus violencias y sinrazones como decretos „ celestiales; pero que no era su ánimo proponerle

Quejase de
Motezuma.

Pondera sus
tiranías.

„ que se aventuráse á favorecerlos : porque Motezuma tenia mucho poder y muchas fuerzas para que se resolviese con tan poca obligacion á declararse por su enemigo ; ni sería en él buena urbanidad pretender su benevolencia , vendiendo á tan costoso precio tan corto servicio .”

Ofrecele
su auxilio
Cortés.

Procuró Hernan Cortés consolarle , dandolé á entender : „ Que temeria poco las fuerzas de Motezuma , porque las suyas tenian al cielo de su parte , y natural predominio contra los tiranos ; pero que necesitaba de pasar luego á Quiabislán , donde le hallarian los oprimidos y menesterosos , que teniendo la razon de su parte , necesitasen de sus armas : cuya noticia podria comunicar á sus amigos y confederados , asegurando á todos que Motezuma dexaria de ofenderlos , ó no lo podria conseguir , mientras él asistiese á su defensa .” Con esto se despidieron los dos , y Hernan Cortés trató luego de su marcha , dexando ganada la voluntad de este Cacique , y celebrando para consigo la mejoría de sus intentos , que por aquellos lejos , ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles .

CAPITULO IX.

PROSIGUEN LOS ESPAÑOLES SU marcha desde Zempoala á Quiabislán . Refiere-se lo que pasó en la entrada de esta villa , donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias , y se prenden seis ministros de Motezuma .

AL tiempo de partir el ejército se hallaron prevenidos quatrocientos Indios de carga , para que llevasen las balijas y los bastimentos , y ayudasen á conducir la artilleria : que fue grande alivio para los soldados , y se ponderaba como atencion extraordinaria del Cacique , hasta que se supo de Doña Marina , que entre aquellos Señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagages humanos , que en su lengua se llamaban Tamenes , y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso . Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa , parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas , y parte fertilizada con el beneficio de las semillas ; á cuya vista caminaban nuestros Españoles alegres y divertidos , celebrando la dicha de pisar una campaña tan abundante . Hallaronse al caer del sol cerca de un lugarcillo despoblado ,

Pasa el ejército á Quiabislán.

Tamenes, ó Indios de carga.